



ZTF-FCT
Zientzia eta Teknologia Fakultatea
Facultad de Ciencia y Tecnología

NOVATO TEMPORAL

Segundo Premio de la I Edición (1989)

Francisco Jesús Carrera Troyano



NOVATO TEMPORAL

Después de todo el revuelo que se ha organizado en el tridimensional y en el teletexto (y después de todas las tonterías que se han visto y leído), necesito escribir mis recuerdos del asunto para no olvidar ningún detalle y estar seguro de lo que realmente pasó (créeme, a pesar de lo que veas en la serie de tridimensional que preparan, no hubo ninguna rubia despampanante y, como ya sabes, yo no mido dos metros de alto por uno de ancho: en mi oficio no conviene destacar por alto, ya te supondrás).

Veamos, ¿cómo empezó todo?... bueno, creo que empezó cerca de Belmonte. Iba yo de camino a Alcázar de San Juan para echar un vistazo por los mercados de esa zona, por si aparecía algún anacronismo.

Había salido de madrugada y ya era cerca de mediodía, a juzgar por la altura del sol, así que me detuve en una venta a beber algo y tomar un plato caliente.

Ya al descabalar me di cuenta de que el ventero me miraba con mala cara. Revisé mi aspecto por si había algo extraño: la ropa normal (buen paño de Flandes, aunque algo gastado por el uso, ni demasiado rico ni demasiado pobre), el pelo corriente (un poco largo y con bigote, para poder cambiar fácilmente de aspecto) y el saludo correcto (gracias a las lecciones hipnóticas que recibí al sincronizarme). El perfecto mercader que va a abastecerse de género a alguna población importante, nada fuera de lo común (luego supe que era otra la causa de su ceño).

Allí estaba el tipo en cuestión, un gordo cincuentón medio calvo con un mandil mugriento, plantado en mitad de la puerta y sin intención aparente de apartarse. Entretanto los mozos de cuadra seguían sentados tan tranquilos a la sombra del cobertizo, donde unos mulos escuálidos contemplaban con envidia cómo dos bonitos caballos comían cebada con la parsimonia de los animales bien alimentados. Al colocarme el cinturón hice tintinear las monedas dentro de mi faltriquera. Esto pareció convenecer al gordo que hizo una seña a los mozos y se apartó. Me senté en una



Certamen Alberto Magno

mesa enfrente de la puerta y encargué un poco de carne asada, pan, queso y una jarra de vino de la tierra (había muy buen vino en Valdepeñas antes de que lo comercializaran hace medio siglo, lo produjeran en serie y se pudiera comprar en cualquier telemercado).

Desde mi sitio puede ver cómo los mozos echaban a suertes quién se levantaba, pude oír las maldiciones del perdedor y puede contemplar cómo cogía de mala gana las riendas de mi caballo y le daba de comer atándolo a un pesebre. Ahora los mulos veían alimentarse a tres animales, pero sus pocas fuerzas sólo les permitían manifestar su rabia espantando las moscas con la cola más frecuentemente.

Llegó la mujer del mesonero con el vino, el pan y el queso. Vi entonces sus manos sucias y sus uñas negras (siempre que como *ahora* me pasa lo mismo, después de todo este tiempo sigo sin acostumbrarme a estar en el año de Gracia de Nuestro Señor de 1605, y no acabo de aceptar las normas sincrónicas de higiene). Hice de tripas corazón (qué remedio me quedaba) y empecé a comer.

Mientras lo hacía me fijé en la disposición del local y en las posibles salidas (deformación profesional): era (bueno, quizá debería decir es... es difícil acostumbrarse al vocabulario en mi trabajo, no creas) en fin, *ahora* es una sala cuadrada, con una mesa rectangular grande a lo largo de la pared de mi derecha y cuatro mesas cuadradas más pequeñas ocupando el resto del espacio. Yo estaba en una esquina, había un grupo de clientes habituales en la mesa más grande y dos estudiantes estaban sentados a mi derecha y en la fila de mesas que estaba más cerca de la puerta que la mía.

Desde mi mesa dominaba la puerta de entrada del mesón y la del patio. Y también una puerta que había en la esquina de la sala opuesta a la mía por donde se iba a la cocina, según se adivinaba por los olores que salían y por el ir y venir de comida a través de ella. Apareció entonces mi asado y, como el queso había excitado más mi apetito que mis escrúpulos, me puse a comerlo sin más filosofías.

Enseguida comprendí el motivo de la cara larga (dada la gordura del sujeto dejémoslo en elíptica) del ventero: miraba furibundo a la mesa de los estudiantes, con gran regocijo de los tipos de la mesa grande, que se daban codazos y sonreían de oreja a oreja mostrando sus dentaduras diezmadas y ennegrecidas (tengo que tener cuidado y no sonreír demasiado para no llamar la atención). La causa de tanto jolgorio era la lluvia de versos y piropos, algunos de ellos bastante explícitos, que los jóvenes lanzaban a la ventera y que ésta recibía y devolvía con bastante soltura. Me di cuenta entonces de que era una mujer aún atractiva, regordeta y algo



más joven que su marido (la clase de mujer con abundantes curvas que se estila *abora*). La cuestión es que la buena señora merecía y agradecía las galanterías, los estudiantes se divertían, los amigos del mesonero también se divertían y el marido estaba que se subía por las paredes. Pero como los mozos enseñaban sus bolsas llenas y parecían dispuestos a gastarse su contenido, no se acababa de decidir a enfadarse abiertamente para no perjudicar el negocio. Así que iba de un lado para otro y fregaba las mesas una y otra vez con un trapo húmedo, hasta dejarlas encharcadas y aceitosas.

Como yo ya había terminado, y lo que es más importante, pagado, me pareció que era un buen momento para irme antes de que el diera por descargarla conmigo. Iba a levantarme cuando vi entrar en el patio a un individuo bien vestido y a su sirviente, ambos a caballo, que llevaban un par de mulos cargados de fardos.

«Vaya, alguien que distraerá al gordo, puedo quedarme un ratito más» pensé yo, y, efectivamente, el ventero pudo desahogarse gritando a los caballerizos y haciendo reverencias al nuevo cliente, mientras que su mujer tuvo que apresurarse a ir a la cocina. Los estudiantes se pusieron a comer, los de la mesa larga a charlar, y los mulos vieron reducido aún más su espacio y aumentado el número de vecinos bien tratados: volaron más moscas.

En el rato de calma que siguió pude observar a gusto al recién llegado que se había sentado, dándome la cara y de espaldas a la puerta, en la mesa que estaba frente a la mía. Era un tipo como de cuarenta años, fuerte, con barba y pelo cortos y muy bien cuidados. Todo sugería un comerciante acomodado de camino hacia algún mercado del interior después de haber comprado mercancías de ultramar en la costa. Sin embargo, había algo raro en él, le faltaba el andar tranquilo del que se sabe respetable. Caminaba como dispuesto a echar a correr, sus ademanes eran demasiado rápidos y bruscos, y estaba esa mirada que había echado al entrar, parado en la puerta, escudriñando el local, como si buscara un enemigo. «Aquí tenemos a alguien con muchos problemas, no lo perdamos de vista, puede ser interesante» me dije, y seguí observándolo con discreción. Otro detalle era que había colocado una especie de relicario a su derecha y lo miraba a menudo (como si fuera un tridimensional y esperara un programa, ya me entiendes).

No era la primera vez que me había encontrado con alguien metido en un buen lío sincrónico, pero en esta ocasión... En ese momento entró la ventera desde la cocina y me llegó el olor de un guiso. De repente supe qué era lo que me extrañaba: ese hombre no olía mal. Cuando entró



levantó algo de viento y olía incluso bien. Por debajo del olor a caballo se percibía un aroma como a gel y champú, nada parecido a la clase de olor que despedíamos los demás, de colonia sobre mugre más o menos frecuentemente atacada (diré limpiada) con algún jabón casero de perfume basto (a todo se hace uno, me ha costado esto menos que lo de la comida —y ya te puedes ahorrar los chistes baratos—; cada cual tropieza con un detalle diferente al sincronizarse).

Un par de olfateos disimulados, junto con su forma de mirar la suciedad reinante con superioridad (no como una persona de hábitos más limpios sino como si fuera él el único civilizado en un mundo de bárbaros), y la pulsera de su mano izquierda que parecía un Eurwatch mal camuflado (bueno, uno no puede captar todos los detalles a la vez, ¡qué caramba!) me convencieron de que era un transcrónico.

No había yo recibido noticia de que se esperara a ninguno, y ése concretamente tenía unos ademanes demasiado furtivos para no vigilarlo. Empecé, pues, a emitir con el implante radiofónico: *¿Hay alguien por ahí?, tengo a un trans localizado... Venga contestad, estoy entre Belmonte y Alcázar y necesito ayuda para seguirlo sin que se dé cuenta...*

Nada, algo sí que recibía, pero muy mal. Lo intenté otra vez: *Necesito ayuda cerca de Belmonte, hay un trans sin notificar, ¿me recibís?*

Mientras yo emitía una y otra vez mi mensaje, el transcrónico (trans para nosotros) comía con apetito. Una mirada al «relicario» lo puso instantáneamente más tenso. Cogió el chisme ese y lo movió un poco a derecha e izquierda hasta que una especie de pinchos que sobresalían me apuntaron a mí. Entonces levantó la cabeza y me miró inquisitivamente. Yo hice como si la cosa no fuera conmigo y me preparé para salir corriendo, por si acaso. No debí de gustarle un pelo, porque empezó a sacar de entre sus ropas una pistola (pero no creas que un armatoste de chispa sino una automática de tiro rápido de *Entonces*).

«Este tío está loco, sacar ahora eso» pensé al tiempo que le tiraba a la cabeza la jarra del vino y, de camino hacia la puerta, una banqueta. Como conozco la clase de cacharritos que manejaba el tipo aquél, no me entretuve a charlar con su criado, que ya acudía al jaleo, sino que le empujé a un abrevadero, desaté el caballo y cabalgué como un poseído alejándome de allí.

Para cuando el trans se aclaró las ideas (creo que le di con la banqueta) yo ya estaba lejos. Y entonces sí que emitía con ganas: *¿Queréis contestar? Hay por aquí un trans desconocido con una especie de ametralladora...*

La respuesta que recibí me hizo desear haberme tragado el implante antes de emitir nada. Era algo así: *Por favor, si está usted al servicio de la O.P.T.I. identifíquese, si no es así, deje libre esta frecuencia.*



¡Había ido a dar con un novato! La primera vez en doce años de servicio policrónico que un trans me apuntaba con una cribadora de esas modernas y tenía por única ayuda a un pimpollo recién horneado.

No me quedaba más remedio que resignarme y le dije: *Mira chico, ¿dónde estás? Tenemos que reunirnos.* Y el muy cretino me contestó: *Soy el agente B1992 y si no se identifica inmediatamente le denunciaré.* Me salió del alma: «¿Pensará este imbécil que soy un radioaficionado actual? ¿Quién demonios se cree que va a radiar con este desparpajo en 1605 si no es un optí?»

Por supuesto, nada de esto último lo emití: una de las primeras cosas que uno aprende cuando le hacen el implante es a separar lo que se piensa de lo que se emite. No queda más remedio cuando todos los demás a tu alrededor pueden captar tu señal y si quieres evitar, por ejemplo, que el instructor de lucha libre se entere del repaso que haces de sus ancestros. Ese maldito aparato (una especie de chip que se coloca quirúrgicamente en el cráneo y se conecta al cerebro, y a una antena insertada a lo largo del húmero para aumentar el alcance y la calidad de los mensajes) puede complicarle a uno la vida si no se sabe manejar, y se necesita tiempo para aprender; sin ir más lejos, lo emitido por B1492 (o comoquiera que fuese) sonaba como un concurso vocal de huevos fritos.

Mi respuesta fue lo bastante fría y nítida como para que se percatara de que estaba tratando con alguien experimentado de poca paciencia: *Soy J0007, estoy camino de Alcázar desde Belmonte y quiero ponerme en contacto contigo ¿dónde estás?*

Tardó un poco en contestar. Modestia aparte, pensé que el numerito le había impresionado y se había dado cuenta de que estaba siendo un poco presuntuoso: la letra se concede por tiempo de servicio y por méritos, el número indica la cantidad de agentes que ha llegado a ella antes (para que te hagas una idea, sólo conozco a un par de K, y son tipos sebosos sentados en oficinas de *Entonces*), la B es la que corresponde a los que están en su primera misión.

Entonces me soltó, por si se me hubieran subido los humos: *Su llamada ha sido poco reglamentaria. Estoy en las coordenadas 4451-5624 de la sección G8 del plano 25.* Por supuesto, nos hacen aprender hipnóticamente los mapas de las zonas que vamos a recorrer, y, ¡claro! es mucho más seguro dar la posición de manera que ningún súbdito de Felipe III que esté escuchando con una radio pueda localizarnos (porque un trans lo puede hacer en un momento con un radiogoniómetro como el que tenía el tipo de la venta camuflado en el relicario).

Como vi que B-uno-no-sé-qué era un comerreglamentos y yo necesitaba su ayuda, decidí esperar a que terminara todo para estrangularlo y



quedé con él (reglamentariamente) en un pueblo cercano, puesto que no quería alejarme de la ruta que esperaba que siguiera el trans.

Por el camino fui pensando sobre este último: ¿por qué estaría tan alterado al llegar? ¿por qué sacó la artillería delante de todos esos sincronos en cuanto supo que yo era otro trans?, y por último, la pregunta cuya respuesta podía darme la clave de las otras dos: ¿qué está haciendo *ahora*?. Desde luego, él era un trans y su criado no (pude olfatearlo cuando lo empujé y sus efluvios era perfectamente sincronos, incluso malolientes para los cánones de *ahora*).

Como *ahora* se tiende a considerar los anacronismos mecánicos como objetos de brujería, malditos y peligrosos, descarté inmediatamente que se dedicara al comercio intercrónico de aparatos (en la mayor parte de los casos anteriores, los optis —agentes de la Oficina Policrónica Transcrónica de Investigación— sólo habíamos llegado a tiempo de recoger las cenizas después del Auto de Fe y transcronizarlas a la familia).

Desde que se prohibieron las visitas turísticas hace diez años, sólo llegan (o sea, se sincronizan *ahora*) historiadores. No hay mucho cronotráfico, sin embargo los pocos trans que recibimos nos dan trabajo suficiente (sin contar con los no anunciados como el de la venta): llegan *ahora* (se me olvidaba, *ahora* quiere decir la época en la que estamos, tu *ahora* es *Entonces* para todos y mi *ahora* es 1605, si yo fuera a 1650, por ejemplo, y tú estuvieras en 1812, nuestros *ahoras* serían esos años pero *Entonces* seguiría siendo *Entonces* y ahora es este instante ¿Está claro, no?). Como te estaba contando, los historiadores se sincronizan y se portan como si estuvieran en un decorado. Miran con ojos redondos como platos cuanto hacen los sincros (la gente de *ahora*), preguntan sobre todo lo que ven, y arrugan la nariz constantemente; y, como se meten en líos, *entonces* tienen que sincronizarse los muchachos de la O.P.T.I. para sacarlos de apuros.

No nos ha faltado tampoco el desfacedor de entuertos, dispuesto a asesinar al abuelo del conde-duque de Olivares o a curarle el brazo a Cervantes... éstos son los menos peligrosos. Por lo general, nos limitamos a seguirlos y rescatarlos del linchamiento en el momento oportuno, con la excusa de que es un pariente perturbado o algo así. Usualmente basta esta experiencia para que desistan de reincidir.

Cuando alguien pretende sincronizarse a una época y un lugar, se avisa a los agentes de *entonces* que se encuentren por allí para que estén atentos y vigilen al trans. Si localizamos a un trans y no nos han notificado nada sabemos que, o bien es un erudito que ha despistado a su seguidor, lo que es poco probable (deberías saber los esfuerzos que tenemos



que hacer para eliminar los rastros y anacronismos que dejan por todas partes), o bien está intentando montar un negocio intercrónico.

Esto último era seguramente lo que ocupaba a Gatillo-Rápido. Pero ¿qué negocio le hacía llevar semejante armamento? ¿Y su ansiedad? Sin duda debía tratarse de algo bastante peligroso.

Lo que hace difícil detener *Entonces* esta clase de tráfico es que, en los primeros tiempos del cronoviaje, se vendieron los transcronizadores como si fueran una especie de «coches de excursión al pasado» (recordarás el eslógan y el anuncio de tridimensional de una familia cursilísima holorretratándose con unos mamarrachos con pelucón mientras hacían una barbacoa en el Palacio de la Granja). Menos mal que su precio evitó que se extendieran mucho. Con todo, aún quedan los suficientes en circulación como para justificar la existencia de los optis (menos mal, me aburriría terriblemente en cualquier otro trabajo). De cuando en cuando, se encuentra algún artillero de éstos cuando estalla en pedazos al querer viajar con él al futuro. No sé por qué (ni creo que vosotros, los tipos de bata blanca, lo sepáis tampoco, aunque os paséis la vida hablando de pentadimensiones, anticonmutatividad de SU(8) y demás polisílabos), pero sólo se puede sincronizar a un *entonces* posterior a *ahora* si vas de vuelta a otro *entonces* posterior a *ahora* pero anterior a *Entonces* (¿te vas aclarando con el vocabulario?).

Hice una parada en un arroyo para afeitarme, cortarme el pelo, teñírmelo más claro y mudar de camisa. Confiaba con eso no ser reconocido por el trans y poder seguirlo.

Pronto llegué al lugar de la cita; habíamos quedado en el único edificio que estaba seguro de que no podía faltar (aún *Entonces* hay por lo menos uno en cualquier villorrio)... pues sí, la iglesia. Dejé el caballo en la plaza que había fuera y entré. Estuve un rato arrodillado hasta que me aseguré de que no estaba allí mi compañero, encendí una velita a San Pancracio (como debe hacer todo comerciante que se precia *ahora*) y salí a esperar y a calentarme al sol de la tarde.

Enseguida entablé conversación con unos vejetes que, confiados por mi visita a la iglesia y por mis ropas corrientes, me pusieron en un momento al corriente de todos los rumores y comadreos de la comarca. Entre ellos uno me pareció interesante: un par de médicos rivales de Alcázar estaban logrando en los últimos tiempos éxitos espectaculares con los dolores leves y ganaban mucho dinero.

Como una prosperidad tan repentina no podía dejar de excitar la imaginación (y la envidia) de sus vecinos, se había extendido el rumor de que todo era obra de la Magia Negra. Incluso se hablaba de misteriosas



Certamen Alberto Magno

visitas nocturnas a ambos... pero los pacientes se curaban (sobre todo los ricos e influyentes) y ninguno parecía hechizado, así que el negocio continuaba y los rumores crecían.

En esta clase de chismorreos de gente sencilla había encontrado yo siempre buena información, y esta vez tampoco la desdeñé: no podía pasar por alto la coincidencia entre estos rumores y la aparición de mi agitado sospechoso.

Aún seguíamos charlando cuando apareció B1898 (nunca me acuerdo del dichoso numerito). No siempre es fácil reconocer a un trans (ya has visto que me costó un poco el de la venta) pero mi compañero no podía ocultar que era un opti recién salido de la academia y empapado de reglas hasta los huesos: era alto (demasiado para el siglo XVII), estaba limpio (más de la cuenta), cabalgaba a saltitos (como en los concursos de hípica que se veían en el tridimensional) y miraba con mucha fijeza a todos y a todo. En cuanto entró en la plaza cesó el rumor de las conversaciones y todos lo miramos con curiosidad; y el muy pazuato, en lugar de desmontar y entrar en la iglesia a esperar a que se pasara la novedad, se dedicó a dar la vuelta a la plaza a caballo escrutándonos a todos la cara para ver si me reconocía (con poco disimulo, a decir verdad).

Viendo cómo llamaba la atención, y como no quería que en el futuro desconfiaran de mi los sincros que había conocido, le espeté por radio: *Te he visto* (como para no verlo). *Nos encontraremos dos kilómetros más atrás en el camino que trae aquí, donde hay una cruz y un grupo de árboles.*

Me respondió: *¿Es usted J0007? ¿Dónde está?*

Sí. Ya sabes que no conviene que los sincros piensen que nos conocemos. Nos veremos donde te he dicho le respondí, dominándome para no sacarle la lengua, pues lo tenía justo delante.

Lo que le dije debió parecerle muy ajustado al reglamento, porque se irguió aún más en la silla (no tendrá problemas de espalda cuando sea viejo, seguro) y se alejó al trote, atisbando por encima del hombro intentando aún adivinar cuál de aquellos polvorientos individuos era yo.

Estuve un poco más hablando con los ancianetes. Me despedí cordialmente y me fui despacio en una dirección distinta a la que siguió B-lo-que-sea. Después di un rodeo y llegué a la cruz.

Por la cara de pez que se le puso al novato supe que nunca pensó que este cuarentón delgadocho y un poco desastrado fuera un opti (lo que no dejó de halagarme, pardiez). Acostumbramos a hablar en lugar de comunicarnos por radio para evitar ser localizados, y siempre hablamos con el estilo de la época. Le dije:



—¿Esperaba vuesa merced a alguien, por ventura?

—Sí, mas no de vuestra figura, a fe mía —fue su réplica.

—Aquesta figura responde al nombre de Germán, ¿cómo he de llamar a tan gallardo doncel? —(donde las dan las toman).

—Sepa vuesa merced que me llamo Lope, y Vega de Pas es mi alcurnia, y dejémonos ya de ingenios y hablemos de la industria que aquí nos ha traído.

—No decís mal, Lope. Parésceme, pues de ello queréis tratar, que es hora de volver por la senda que aquí nos trajo para ver si en su transcurso halláramos a los que buscamos y, yendo en su pos, díramos con la fuente y origen de sus bellaquerías.

—De ese parecer soy yo.

—Pues no se hable más y partamos, que no es la Fortuna generosa con los perezosos y, en tardando, podríamos no dar con esos malandrines.

Apenas tuvimos que movernos, los dos tipos se habían parado en Pedro-Muñoz y se estaban instalando en una venta. Vimos cómo descargaban las mulas; los mozos levantaron los fardos sin esfuerzo aparente. Por esto y su aspecto informe dedujimos que estaban llenos con harapos o telas viejas, para que pareciera que llevaban mercaderías. Si así era e iban hacia Alcázar, en algún sitio intermedio tendrían que parar y cargar las mulas con la mercancía que realmente querían vender. Y nosotros no queríamos perdernos la escala.

Nos alojamos, entre constantes miradas desaprobadoras de Lope, en una posada que estaba un poco más adelante en el camino. Acordamos con el posadero, con unas monedas de por medio, que nos despertara un poco antes del amanecer, para así estar preparados cuando partieran nuestros sospechosos.

No debieron parecerle suficientes las monedas al posadero para sacarle de la cama tan a deshora, porque cuando vino a levantarnos de los jergones donde maldormíamos, ya el sol estaba bien por encima del horizonte. Y, por supuesto, nuestros pájaros habían volado hacía un buen rato, incluso antes de despuntar el sol. Se veía que les había preocupado nuestro encuentro del día anterior y querían dar esquinazo a los posibles seguidores.

Nos llevaban una hora de ventaja, así que hincamos las espuelas esperando reducir esa diferencia. Con tanta prisa a punto estuvimos de tropezarnos con ellos en una curva. Afortunadamente reaccionamos a tiempo y nos detuvimos sin que se dieran cuenta de nuestra presencia.

Este encuentro me hizo maldecir un buen rato porque (como tuve que explicarle a Lope) si, a pesar de la ventaja que tenían, los habíamos



alcanzado tan pronto, era debido a que se habían detenido un rato. Y, precisamente, (estaba seguro) en el sitio donde se abastecían de lo que quiera que vendiesen.

Subimos a una colina cercana y los observé con prismáticos. En cuanto el novato vio que los sacaba, se puso tieso y me recitó media docena de artículos del reglamento que yo había incumplido al traer *ahora* tal artefacto. Le dije que se callara porque me estaba distraendo. Sorprendentemente cerró la boca y no dijo nada.

Pude entonces mirar a gusto y pensé: «¡Ajá! Han rehecho los paquetes y uno de ellos es más anguloso, poca cantidad de lo que sea llevan, ¿qué puede ser?... un momento, ¿qué demonios está pasando? Han salido de repente unos tipos y... eso son ráfagas de metrallata... ahora cae el criado, el otro responde con unos tiros y vuelve al galope por donde vino... ¡Esta es la mía para saber de dónde sacó la mercancía!». Guardé los prismáticos y le grité a Lope, que había escuchado los disparos y se moría de ganas de pedírmelos:

—Siga vuesa merced a tres follones ataviados con negras vestiduras, han malherido al criado y puesto en fuga al amo. Comunicaos conmigo en cuanto podáis.

Y salí zumbando tras el trans, que ya se perdía de vista. Dejé al pobre novato con la palabra en la boca y la cabeza hecha un lío (ya sé que fui un poco duro, pero no era el momento de perder el tiempo con explicaciones).

Enseguida dejó mi perseguido el camino principal y se adentró por una desviación flanqueada de árboles, que terminaba en una recia puerta de madera tachonada de clavos. Era la única entrada que se veía en un muro de piedra de un par de metros de alto. Abrieron la puerta al sonido de su voz y pude ver que los centinelas también tenían armas modernas (de *Entonces* quiero decir). Yo trepé a un árbol cercano al muro y observé lo del otro lado con los prismáticos: había una casa grande en la que entró el trans y un par de cabañas cerca. Un poco más lejos se divisaba un arroyo, un estanque y, junto a éste, una caseta de la que salía un zumbido grave y continuo (nos mejoran el olfato, el oído, el gusto y la vista; no sé cómo lo han conseguido, pero vemos un poco en el infrarrojo, aunque no gran cosa).

Bajé los prismáticos, sonreí y estuve un rato sentado en una rama con la espalda sobre el tronco, pensando la caseta del estanque era un generador hidráulico, que seguramente alimentaba el transcrionizador que debía estar en el edificio más grande. Había localizado el origen de las mercancías policrónicas, pero el asunto distaba mucho de estar más claro:



seguía sin saber con qué se comerciaba y habían aparecido los tres pistoleros que no sabía qué pintaban en todo esto.

Suspiré, bajé del árbol, monté a caballo y fui a echar un vistazo al lugar de la emboscada para intentar averiguar algo. No me apetecía nada encontrar al criado acribillado y me alegré un montón al ver que no estaba el cadáver. Me alegré un poco menos al darme cuenta de que ni siquiera había rastros de sangre, y decididamente me enfadé cuando vi huellas de tres caballos que se alejaban con las dos mulas y rastros de un cuarto caballo al que alguien había subido ¡por su propio pie!, si bien con cierta dificultad.

Todo empezó a aclararse cuando descubrí una especie de cilindros de goma y plástico diseminados por el suelo e incrustados en los árboles. Parecía que los asaltantes habían derribado a uno de los tipos con balas de goma y se habían apoderado de la mercancía. Vi los paquetes destrozados un poco más allá, y unas cajitas de cartulina blanca y verde aplastadas para que las pastillitas que contenían no se pudieran utilizar. No daba crédito a mis ojos, cogí una de las pastillitas que sólo estaba partida y leí la marca de la fábrica, una palabra alemana de cinco letras, que estaba grabada en vertical y horizontal sobre sus dos caras... Así que eso era lo que traía entre manos el primer trans... Bueno, era lógico, concordaba con lo que me contaron que había dado fama a los dos médicos. Pero los nuevos tipos no encajaban en ninguna parte ¿por qué habían inutilizado toda la mercancía? ¿por qué no se la habían llevado y la habían vendido?...

Las respuestas dependían de lo que hicieran los tres pistoleros. Llamé a Lope para saber cómo iba la persecución: *Lope, soy Germán, ¿cómo va eso?*

Aquí Lope, no hay problemas, cabalgan rápido hacia Alcázar. ¿Has visto los paquetes de aspirinas?

Sí, ha sido toda una sorpresa. ¿Necesitas ayuda?

No, gracias. ¿Tienes idea de quiénes son los tres nuevos sospechosos?

Ni la más mínima. Procura no perderlos de vista. Voy tras de vosotros.

De acuerdo J0007. Corto

Pensé: «Este chico progresa. Lástima el detalle final, pero va por el buen camino. Ya me tutea y no parece una telefonista».

Adelanté al criado, que iba despacio, seguramente resentido por las magulladuras de las «balas light» (¿sigue *Entonces* esa moda de estropearlo todo?). Seguí por el camino de Alcázar. Los tres tipos apenas se detuvieron a comer y, por tanto, nosotros tampoco; como no pudimos desayunar con las prisas, yo tenía un hambre que no veía cuando me reuní con Lope a la caída de la tarde, en las afueras de Alcázar de San Juan.



Mientras cenábamos (esta vez te aseguro que no me paré a pensar en la suciedad ni un momento) Lope me describió cómo los tres tipos se habían dedicado a deshacer los fardos hasta encontrar los paquetitos de aspirinas y cómo los habían machacado meticulosamente con unas piedras, después habían montado y se habían ido. También me contó el susto mayúsculo que se llevó al ver «resucitar» al criado y la cabalgata de toda la tarde hasta que los «sospechosos» entraron en una casa situada justo enfrente del mesón donde estábamos.

Pedimos alojamiento y conseguimos un cuarto cuya ventana daba hacia la casa en cuestión. La observamos un rato con los prismáticos (esta vez ni dijo ni mu e incluso me los pidió para mirar con ellos): era como una torre fortificada de tres plantas, parecida a las que se ven por el Norte, y rodeada de una tapia baja de piedra. No se veía nada por las ventanas y parecía todo normal.

Como nos aburríamos y no parecía que fuera a suceder nada interesante (al menos mientras hubiera luz) salimos a dar una vuelta por el pueblo, y a intentar enterarnos de algo útil: vi con satisfacción cómo Lope ayudaba entre galanterías a unas muchachas que llenaban sus cántaros en una fuente y cómo luego las acompañaba un trecho conversando y, era de suponer, sonsacándolas acerca de la torre. Por mi parte me dirigí al mercado, que ya estaba casi vacío, la mayoría de los puestos recogidos y los tenderos marchándose. Ojeé un poco aquí y allí, alabé algunos géneros y compré unas telas que le quedaban por vender a un tratante de Murcia; agradecido, el hombre entabló conversación conmigo.

De esta manera me enteré de que los ánimos estaban revueltos por obra de un par de mal llamados cirujanos, pues hechiceros habrían de llamarse, que con extrañas pócimas sanaban los cuerpos pero turbaban los espíritus, trayendo al pueblo dividido entre los partidarios de uno y otro. Mas todo esto traía visos de dar pronto fin pues se decía que el Santo Oficio había sido avisado. Tal era el temor que su sólo nombre provocaba entre los impíos que uno de ellos había desaparecido aquella misma mañana y el otro estaba encerrado en un castillete que tenía en las afueras y no daba señales de vida.

Algo parecido le contaron las mozas a Lope, con el añadido de que se había oído ruido como de pelea en casa del médico desaparecido la noche anterior. Volvimos a nuestra habitación a meditar sobre lo que sabíamos: la extraña casa que divisábamos desde la ventana era la morada del médico que quedaba en la población. Él, o más probablemente, quien de él se valía para hacer negocio, se había deshecho por la noche del otro médico y aquella mañana había dado un aviso a la competencia con



la emboscada que habíamos visto. Tal vez era un intento de conseguir el monopolio o de acallar los rumores antes de que apareciera la Inquisición. Aún así, no entendíamos por qué habían inutilizado la mercancía en lugar de servirse de ella.

No nos quedaba otra cosa que hacer que vigilar la casa e intentar entrar por la mañana haciéndonos pasar por enfermos. Hasta entonces habíamos ido siempre a remolque de los acontecimientos, y en el informe no íbamos a hacer un papel demasiado brillante. Le dije a Lope que radiara un reporte de la situación a la central *ahora* en Toledo pidiendo refuerzos, mientras se paseaba por la población. Con un poco de suerte no podrían localizarlo, si es que lo buscaban. No creo que sospecharan siquiera de la presencia de dos optis delante mismo de sus narices, lo que me alegraba mucho teniendo en cuenta cómo las gastaban esos tipos. De todas formas, con el ritmo que llevaban los acontecimientos, no confiaba en que llegara la ayuda antes de que todo terminara de la manera que fuese, y no me hacía yo demasiadas ilusiones al respecto.

Decidimos turnarnos vigilando la torre por la noche. A mi me tocó la primera guardia. Me pasé cuatro horas en blanco mirando por la ventana, envuelto en una manta y, todo hay que decirlo, mortalmente aburrido. Desperté a Lope cuando llegó su turno y yo me eché a dormir. Me parecía haber acabado de cerrar los ojos cuando me despertaron las sacudidas y la voz excitada de mi compañero:

—Despierte vuesa merced en buena hora, que hay nuevas en la torre.

Me levanté y me vestí mientras veía que, efectivamente, había un grupo como de veinte embozados escondidos tras las casas que rodeaban a la torre y, a una señal de uno de ellos, echaban a correr hacia ella al tiempo que disparaban sus armas. Éstas debían estar provistas de silenciadores, pues todo se desarrollaba en un silencio poblado por los susurros insistentes de las armas, los gruñidos de los alcanzados y las carreras de todos los combatientes. Vimos cómo llegaban a la puerta de la torre, la abrían por la fuerza (haciendo bastante ruido en esta ocasión) y entraban. Dentro debió de haber una lucha más cruenta puesto que se oyeron gritos de dolor y entrechocar de espadas.

Ya se encendían candiles en la vecindad y la gente se asomaba a las ventanas, cuando volvieron a salir los asaltantes que corrieron hacia sus caballos, y los defensores, que también se alejaron a la desbandada de la torre que empezaba a arder. A la luz de las llamas que devoraban el castillete reconocí a Gatillo-Rápido como el jefe de los embozados, que desaparecieron en la noche entre un tronar de cascos de caballo.



Certamen Alberto Magno

Salimos a la calle y contemplamos con los del pueblo cómo ardía la torre y, con ella, pensaba yo, nuestra oportunidad de saber dónde conseguía el segundo médico la mercancía.

De repente, una luz cegadora salió de la torre y una ráfaga de viento nos tiró al suelo, al tiempo que nos ensordeció un estampido. Lope y yo supimos al momento qué había sucedido (y tú supongo que ya te lo imaginas): no era la primera vez que veíamos estallar un transcronizador. En la academia hacen explosionar cada año un modelo a escala, no sé si para familiarizarnos con el fenómeno o para disuadirnos de intentar sincronizarnos al futuro (de *Entonces*). Con todo, era un espectáculo impresionante aún para nosotros, así que imagínate cómo se sentían los sincros.

Cuando empezábamos a levantarnos cayeron sobre nosotros pedacitos de la torre y su contenido. Entre ellos, algunos paquetitos de cartulina blanca con dos rayas rojas, y unas pastillitas blancas alargadas con una hendidura transversal en la mitad y envueltas en papel de aluminio.

Nosotros dos nos quedamos patidifusos al reconocer el medicamento. Mientras tanto los sincros, entre oración y oración pidiendo protección al Espíritu Santo, recogían las pastillas reconociendo en ellas las que utilizaba el médico de la torre para aliviar el dolor (los sincros son primitivos, pero no tontos); los alguaciles (que habían llegado tarde, como siempre), al ver que no podían impedirlo, se dedicaron ellos también a hacer acopio de pastillitas.

Dejamos a los lugareños atareados en su particular recolección y subimos a nuestro cuarto a aclararnos la ideas. Pues entre el ruido de la explosión y la sorpresa de ver caer del cielo analgésicos a base de paracetamol estábamos bastante confusos.

Después de un rato de calma, y un par de tragos de vino que le pedimos al posadero, nos acordamos del informe que teníamos que escribir y, desde luego, nuestra actuación en todo el asunto seguía siendo pésima (por lo escasa). Además estaba la explosión de un transcronizador que, si bien la parte de *ahora* no había causado daños de importancia, la parte situada *Entonces* podía haber echado abajo una manzana de viviendas. Por no mencionar el «trauma psicológico» causado a los sincros por su exposición a tecnologías anacrónicas; aunque a juzgar por la habilidad con que recogían pastillas, parecían haber superado el «trauma».

La situación parecía haberse clarificado: había dos redes rivales de contrabando intercrónico, una de aspirinas y la otra de «paracetamoles»; cada una de ellas suministraba a un médico de *ahora* (que nosotros supiéramos). Enseguida vieron que no les gustaba la competencia y una de ellas (con su base en la torre) había intentado eliminar a la otra (cuya



máquina estaba en la casa cercana al lugar de la emboscada); pero ésta había resultado ser un bocado demasiado grande y había eliminado a la primera, probablemente programando su transcronizador para que fuera al año 2020 o algo así. Esto explicaba la inquietud del trans que encontré en la venta, la emboscada, el destrozo de las aspirinas, la desaparición de uno de los médicos, el asalto a la casa del otro y la traca final... clarísimo... tan claro como que si no hacíamos algo brillante y rápido acabaríamos en el Jurásico haciendo recuento de diplodocus.

No nos quedaba otro remedio, pues, que intentar introducirnos en la casa (la que continuaba en pie) e ingeniárnoslas para fastidiarles el negocio. Sorprendentemente, Lope estuvo de acuerdo con una idea tan anti-reglamentaria.

Cuando salimos de la posada ya no quedaba una sola pastilla a la vista, sólo se veía un agujero donde estaba antes la torre, y había trozos de piedra diseminados por el vecindario. Esa situación no parecía complacer mucho a ciertos personajes eclesiásticos recién llegados aún subidos a sus monturas, ni tampoco a los alguaciles, que no sabían cómo explicar lo sucedido ni cómo esconder los trozos de papel de aluminio que asomaban de sus bolsillos.

Nos encaminamos a Pedro-Muñoz sin prisa, pues pensábamos entrar en la casa ya de noche.

Se estaba poniendo el sol cuando dejamos el camino principal. Atamos los caballos en un sitio resguardado y nos dedicamos a observar la casa y a buscar la manera de entrar. Era evidente que estaban abandonando el lugar: probablemente dejarían pasar un tiempo antes de reiniciar el negocio en otra parte y otro *ahora*. Si los dejábamos escapar no habría manera de localizarlos y la idea del pastoreo en la era Secundaria no nos gustaba nada; por tanto, decidimos dejarnos de sutilezas e intentar llegar a su transcronizador y estropearlo. Eso daría tiempo para desplegar *Entonces* una cuadrilla de búsqueda y para recibir los refuerzos que nos habían enviado.

Nos descolgamos al otro lado del muro desde unas ramas y avanzamos con sigilo hacia la casa, evitando los sitios despejados. Favorecidos por el constante ir y venir de gente atareada alcanzamos una de las paredes de la casa y la seguimos hasta una ventana. Intentamos abrirla con cuidado y... sonó una alarma, los dos dimos un salto al escuchar la sirena del antirrobo. Después cogí una estaca de madera de un montón de leña que había cerca, rompí los cristales y nos colamos dentro. Íbamos a abrir la puerta de la habitación en la que estábamos cuando irrumpieron en ella dos energúmenos espada en mano que se arrojaron sobre Lope lan-



Certamen Alberto Magno

zando alaridos (a mi no me vieron porque estaba detrás de la puerta, atontado por el golpe que me habían dado los muy animales al entrar). Mi compañero los esperó a pie firme con su espada también empuñada, y demostró que fue el primero de su promoción en esgrima (como en casi todo, a decir verdad). Entretanto, yo les cogí por detrás y en dos estacazos dejé a nuestro Cyrano con un palmo de narices (si me permites el juego de palabras anacrónico), compuesto y sin rivales.

Nos adentramos en la casa en la que había un tremendo alboroto. Encontramos a más espadachines y con todos empleamos el método acero-madera que, tras ver muy de cerca un par de filos, parecía que empezaba a gustarle a mi compañero.

Por encima del jaleo oímos un zumbido desagradable y conocido: alguien estaba haciendo funcionar un transcronizador. Seguimos el sonido por las escaleras hasta el piso de arriba, y entramos en una sala atestada de aparatos justo cuando empezaba a desvanecerse la máquina con su ocupante: nuestro viejo amigo Gatillo-Rápido. Sin dudarlo un momento, saqué mi daga y se la lancé. Pasó a medio metro de su cuerpo, golpeó el fondo de la caja del transcronizador y cayó al suelo. Esto le dio una idea, porque sacó su pistolón y me pegó un tiro antes de desaparecer del todo (todavía tengo el hematoma debajo de las costillas, y mi estómago no ha vuelto a ser el mismo).

No sé cómo lo hizo el chico, pero me sacó de allí y dio madera a cuatro o cinco. Cuando recobré la respiración, estábamos en el claro donde habíamos dejado los caballos, me dejó en el suelo y él también se tumbó a descansar. Oíamos maldiciones y gritos desde la casa, a medida que sus ocupantes se daban cuenta de que se habían quedado varados *ahora*, sin otra posibilidad de volver al siglo XXI que entregarse a los optis. De momento, los que tenía más cerca sólo querían pasar desapercibidos y descansar.

Un poco después me radió Lope (ya daba igual que nos localizaran o no): *Bueno, J... Germán, no hubo suerte. ¿Cómo se te da la vida bucólica?*

Fatal, odio los bichos con escamas y no me sienta bien la humedad. Pero no te preocupes de eso, todo irá bien.

Ya me dirás: el sospe... el tipo ese se ha largado y no hemos podido hacer nada, me parece oír ya los ruidos de la central cuando reciban el informe.

No te preocupes, le repetí, ya te he dicho que no hay problema, ¿no viste que le lancé el cuchillo?

Sí lo vi, y lo hiciste bastante mal, por cierto, ¿dónde aprendiste a lanzarlo?

En la academia, pero no se trataba de darle, sino de que se lo llevara de vuelta a Entonces. A estas alturas ya lo habrán atrapado.



Al recibir esto, Lope se incorporó sobre un codo y me miró con sorpresa.

Pero... ¿cómo?... ¿por qué?...

El puñal en realidad es un trasponder, ya sabes, cuando recibe una señal de radio responde con otra de frecuencia inferior, y está sintonizado exactamente a la frecuencia de las escuadrillas de búsqueda. Así que con que tarden diez segundos en darse cuenta de lo que sucede los localizarán y los prenderán.

¡Estupendo! ¿Cómo es que tenías ese trasto?

Por favor, B1992: equipamiento estándar, artículo 88, apartado C...

¡Déjate de tonterías!

¿Sabes? Creo que este chaval acabará siendo un auténtico opti.